



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60
Telégrafo LIBROJA

Apartado 547. Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana á 4 tarde

SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth
- ALBERTO VALERO MARTIN
Verbena.
- FEDERICO TRUJILLO
La moraleja del cuento.
- ANGEL G. LUGEA
Girones de almas.
- FRANCISCO BERENGUER
Los vidrios rotos.
- RAIMUNDO GALAN
«Pa» tu novia.
- LUIS SANZ FERRER
Cuento.
- RICARDO PRIETO
Sucedido.
- N. HERNANDEZ LUQUERO
Después.
- TOVAR, RIDORIN
PIERRE Y PIF
- Varios dibujos y retratos de
La Macarenita, Pilarita y Corinto

CARAS BONITAS

LA MACARENITA

*Es graciosa y bonita como la Macarena y en las tablas
causa más destrozos que un ciclón, porque todos los
espectadores pierden la cabeza.*



5 céntimos



No pasa día por nosotros. Hace mes y medio que comenzó la juerga internacional y estamos como en los primeros momentos, ó para mejor decir, mucho más enardecidos, porque, quien más, quien menos, todos hemos adoptado nuestro partido y los hay que, por odiar, odian hasta el pan francés, y quienes metidos á tener tirría, despreciarían hasta á una chica alemana, aunque se la sirviesen sin descorchar, que es el colmo del desprecio.

Yo no me explico el por qué de estos apasionamientos, porque en definitiva á nosotros ni nos va ni nos viene con que alemanes y franceses se rompan las crestas, y creo que nos vendría muchísimo mejor

si luego de desaparecer las beligerantes, fuesen ellas las que reclamaran nuestro auxilio. Un poco egoísta es esto, lo declaro, pero crean ustedes que es la hija.

El espectáculo que estamos presenciando es trágico, pero de una grandiosidad imponente, y además, todo en enormes cantidades. Prisioneros por millares y bajas por decenas de miles. Eso de las bajas siempre trajo funestos resultados, pero lo que es ahora llega al paroxismo. Constantemente nos hablan de que si los alemanes avanzan y que si los franceses se repliegan y que si los rusos marchan en despliegue y que si los austriacos retroceden plegándose, y es para poner los pelos de punta con tantos repliegues y tantos pliegues, ya forzados ó bien reconstituídos.

Y luego que tanto los germanófilos como francófilos en sus entusiasmos respectivos se lanzan por el camino del canar y nos sirven unos bulos terribles:

—¡Los alemanes han cogido 70.000 rusos!— dice uno de los ardientes defensores de Germania— Y, naturalmente, le entra á quien le escucha mucha envidia porque ya se contentaría para sí con un solo ruso, aunque fuese con vueltas de Astrakan.

—En Austria— añade otro— es tal el entusiasmo de las mujeres, que las que no sirven para la Cruz Roja, se dedican á trompeteras.

Pero en seguida surge uno que se inclina por el lado contrario al de la triple alianza.

—Los germanos han tenido que recular dejando abandonadas una barbaridad de piezas gruesas, de las que se han apoderado en seguida los rusos.

—Esto del abandono de las piezas, y más siendo de las gruesas, es lo más lamentable— añade otro á la vez que lanza un suspiro profundísimo como si él fuese el verdadero perjudicado.

—La escuadra francesa ha tenido que suspender el bombardeo de Cattaro— arguye un tercero.

¡VAYA CARDADOR!



—¡Ay, prenda, si se volviese usted lana y yo cardador!...

—Lo ha suspendido porque el almirante tiene un Cattaro muy fuerte— exclama rápidamente un admirador de los aliados. En cambio los rusos han vuelto á atravesar el Fistula...

—Hombre, ¡no sea usted bárbaro! será el Vistula.

—¡Eso será en alemán, pero en español es como á mí me da la gana!

—Paris se rendirá inmediatamente ..

—¡Qué! Hay subsistencias de largo: cien mil cabezas de ganado, doscientos mil sacos de trigo, cincuenta mil kilos de bacalao, setenta mil de azúcar...

—Sí... ¡pero no tienen huevos!

—Eso lo veremos. Los que no tienen dentro de un mes ni zanahorias que echarse á la boca son los alemanes. Van á tener que dedicarse á la lactancia mutua para alimentarse.

Y así se pasan las horas muertas los eternos discutidores, hasta que acaban por echarlo por la tremenda y dedicarse adictivos de los de grueso calibre.

En cambio, los que somos de temperamento menos exaltado, seguimos fría y reflexivamente el curso de los sucesos y de paso nos enteramos de muchas cosas que estábamos muy lejos de sospechar siquiera.

Ya ven ustedes; todos creíamos que los gallegos eran parte pacífica, y que fuera de cantar la muñeira á todo pasto, y de creer que Besada es un sabio, no tienen grandes defectos que lamentar. Pues ahora nos encontramos con que toda Galitzia está en armas y hay allí cada ensalada de golpes que aquellos del jeito y la traña fueron á su lado una insignificancia.

Otro ejemplo: Antes, cuando queríamos significar la desgracia de un pueblo, se decía «Es más desgraciado que Polonia».

¡VENDRÁ!



—Si yo fuese una mujer desconfiada buscaría á Carlos por todas partes; pero él se aburre mucho por ahí fuera y no tendrá más remedio que venirse aquí.

¡Pues cualquiera le tose ahora á la Polonia! Está más solicitada que la bella Toscana.

Los rusos la hicieron proposiciones para que se fuera con ellos y en seguida los austriacos la ofrecieron el oro y el moro, y los alemanes dicen que si se entrega por completo á ellos la van á hacer feliz del todo.

Y entretanto la Polonia resistiéndose como una virtud salvaje.

Es lo que decían ayer unas *demi-monsieur*.

LO QUE VIENE DE PARIS



(Los de la mesa).—¿A que no sabes lo que lleva «esa» debajo de la capa?

—Claro que no lo sé; ni ella tampoco. Le faltan dos meses para saberlo.

daines, de las que han venido huyendo de las bombas aéreas, y no precisamente por qué teman que se las tiren los aviadores, sino porque lo hagan por sorpresa.

—¡Las hay que se ponen tontas!

Un pequeño REPORTER

VERBENA

La multitud pasea sus locas alegrías, aturde el vocerío, las risas vigorosas, y préñase el espacio de notas bulliciosas, y mécese en el aire rientes armonías.

Es noche de verbena, de lances, de por-
[fias.
de raudas aventuras galantes y dichosas,
es noche en que las auras columpian ru-
[morosas
con ritmo de cantares, extrañas melodías.
En el ambiente flota un vago olor de
[flores:
seduce el espectáculo al tiempo que enoje-
[na
¡vida, aventuras, coplas, risas, colores!
Vierte pálida luna su luz serena,
y ascienden, como trinos de pájaros can-
[tores,
sonoros y vibrantes los ecos de verbena...

Alberto VALERO MARTIN

UN CACHEO



—Mira, rico, perdóname. Te registro porque, aunque lo niegas, yo creo que tienes dinero... ¡Anda, pues es verdad que no tienes nada!...

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la

Imprenta de "Ediciones España,"
Paseo de las Delicias, 60.

La moraleja del cuento.

(Imitación de Bocaccio).

En la corte de Sicilia y en aquellos tiempos románticos en que gobernaba este pequeño Estado el rey Pedro III, que lo era también de Aragón, hubo un joven tan gallardo y elegante como soberbio y jactancioso, y muy pagado de su fortuna en las lides amorosas. Llamábase el venturoso doncel el caballero Luigni y era de noble linaje, señor de luengas tierras y castillos. Sabíase bello como Adonis y ayudando á la belleza de su porte y á los encantos de su rostro con las creaciones de los mejores sastres de Sicilia, fué por mucho tiempo, igual que Petronio en Roma, el árbitro de las elegancias. Sus capillos bordados, sus gorras de seda con plumas de los más vistosos y delicados colores, sus finas espadas milanesas y sus mallas que tan firmes se ajustaban á la piel, hicieronle célebre y por tal dió la pauta de la moda á la aristocracia palatina. No hay por qué decir que las mujeres andaban tras el mancebo como palomitas en torno del macho ladrón, y que sus conquistas contábase por centenas. Pero, he aquí que el mozo, satisfecho de su buenaventura, dió en la gracia de contar sus triunfos, por lo que supo en todo el reino las flaquezas y errores de muchas nobles y prestigiosas damas. Esta debilidad le restó muchos éxitos, pues la grey femenina, sabidora de la poca discreción de Luigni, comenzó á retirarse cautelosamente de su trato y á negarle sus placenteros favores. Aun así todavía, el seductor conservaba un gran partido entre viudas, casadas y doncellas, que, á pesar de sus propósitos, rendíanse ante sus mil encantos y seducciones.

Por esta época, y en la misma Corte, había otro caballero llamado Pietro Ferrara, también de encopetado abolengo y poseedor de grandes haciendas. Todo lo que era de hermoso y elegante Luigni, teníalo de feo y desgraciado el valiente Pietro, más hecho á embrazar escudos y romper lanzas, que á lucir capillos, gorras y joyeles. Si el primero tenía fama por sus formas estatuarias, el segundo llamaba por doquier la atención con sus piernas garrosas y sus espaldas de cargador, fuertes pero informes. Si Luigni elloquecía á las mujeres con el encanto angelical de su rostro de niña, Pietro, con su cara demoníaca, sólo servía para asustar á los chi-

DEL BOULEVARD



- ¿Verdad que el marido de mi prima parece un perro de aguas?
 —Mujer no está bien que digas eso.
 —¿Por qué?
 —Porque tú sabes que lo es.

quillos, y por fin, si al bello seductor le gustaba ir siempre cubierto de sedas y bordados prodigiosos y lucir suntuosos ropajes, el de Ferrara, en cambio, tenía á gala lucir una indumentaria harto vulgar, más propia de un hombre humilde del estado llano que de un señor tan rico y poderoso.

Pero no vayan á creer mis lectores, y

sobre todo, mis lectoras, que el amor había vuelto á Pietro las espaldas al ver su miserable catadura; al contrario, favorecía de continuo regalándole los corazones de las mujeres más hermosas de Sici-

tuvo, como Bayardo, ni miedo ni tacha, y fué vencedor en sangrientas batallas é incontables torneos.

Además, Pietro era fuerte como un espartano y discreto en sus lances amorosos, cualidades que sabían apreciar las mujeres y que le valieron sus mayores triunfos. Aparte de esto, se decía que Pietro poseía no sé qué fuerzas ocultas, que eran el encanto de sus más fervientes admiradoras.

Se entabló, pues, un pugilato amoroso entre el lindo Luigni y el valeroso Pietro. La femina grey se dividió en dos bandos: uno partidario de la gentileza y elegancia del primero; el otro prosélito apasionado de la valentía, fortaleza, ingenio y discreción del segundo.

Cierta vez en un festín, una dama enamorada de Luigni, á la sazón presente, preguntó á Pietro con la perversa intención de enojarle y correrle:

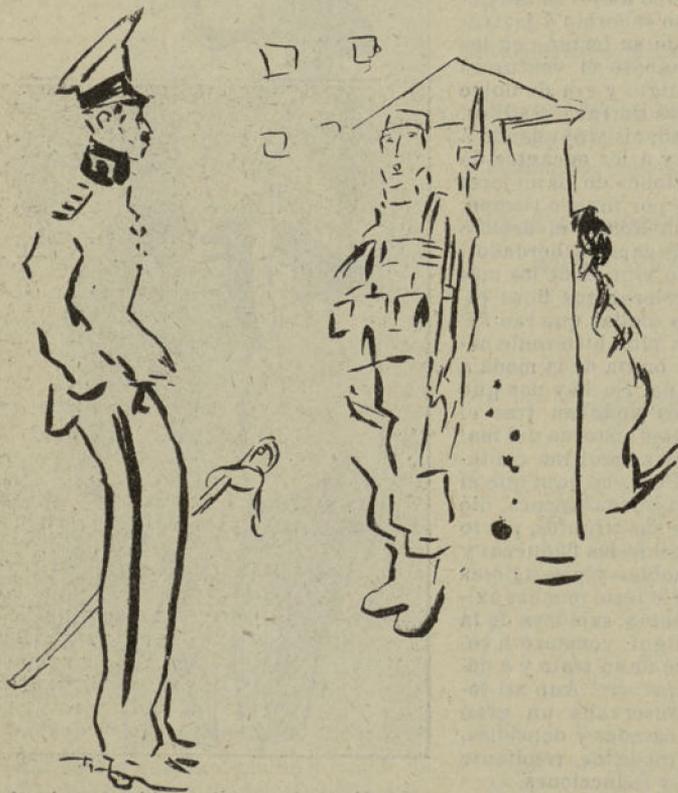
—¿Queréis contestarme á esta tensión? Decid, caballero Pietro: Si vos fuerais mujer y os encontrarais ante dos donceles el uno bello, delicado, modelo de elegancias y ataviado con vistoso ropaje, y el

otro feo como un demonio, mal vestido, pero, en cambio, valiente, fuerte, con la fortaleza de un titán y muy ingenioso y discreto, ¿á qué lado inclinaríais vuestro corazón?

Compreddió la burla el interpelado, y sin inmutarse un segundo, contestó:

—Ved que me ponéis en un compromi-

UNA CONSIGNA ALEMANA



—Se ha fusilado á un centinela porque dejó acercarse á más de seis pasos de la garita á una hortelana, á la que ayudó á cargar su mercancía. Con que si alguna otra pasa por aquí con esa pretensión, no se la cargue usted de ninguna manera.

lia. Estas, cerrando los ojos ante su fealdad, se rendían á su charla ingeniosa, al donaire de sus graciosas ocurrencias, y más que nada, á lo único bueno que había en el rostro de Ferrara: unos ojos negros, dominantes, de soberbio mirar que parecían hablar de la bondad de su alma y de la fiereza de su corazón, pues él nunca

so, amiga mía; pues siendo yo horrible como el enemigo malo, cualquier opinión que diera á favor del feo, parecería por demás apasionada. Sin embargo, quiero contestar algo á vuestra pregunta, y para ello he de contar un apólogo ó cuento para que, el que pueda, le adivine la intención.

Clavó el caballero Pietro su fiera mirada en los ojos del caballero Luigni, que sonreía á la dama preguntona, y comenzó su relato de esta guisa:

—Cierta vez una noble y rica señora, llamada doña Beatriz, entró con su mejor amiga, de nombre Stella, en el corral de su casa, donde guardaba aves de todas castas, que servían unas para alegría de los ojos y esparcimiento del ánimo, y otras para gloria de la despensa y gozo del estómago.

Era Beatriz de bastante más edad que Stella, muy hermosa mujer, y como viuda, conocedora de todas las trampas y sutilezas del amor. Stella —una linda criatura— era el reverso de la medalla; toda ingenuidad, y en plena doncellidad, tenía el candor de sus dieciséis floridos abriles.

Eran, pues, doña Beatriz la rosa de cien hojas fragante y soberbia y su joven discípula de amor el cándido lirio, la violeta que se oculta para no ser vista. He dicho discípula porque doña Beatriz se complacía en ir abriendo los ojos á su inocente compañera, firme en la opinión de que para huir del mal preciso es conocerlo. La maestra conocía la vida prácticamente, la neófita juzgaba del mundo sólo por las apariencias.

Doña Beatriz entró en el corral con el objeto de escoger aves para que preparasen una abundante cena y obsequiar á su joven amiga y dijo á ésta:

—Hemos de comernos dos. Toma tú la que quieras para ti, que yo escogeré la mía. Veremos quién tiene más acierto y mejor regala su paladar.

Contemplaron un momento las aves, que bullían en torno suyo, hasta que al fin Stella fijó sus ojos en un pavo real que en medio del patio hacía la rueda á la luz del

sol. Nunca había visto Stella un ave de tan espléndido plumaje, y sorprendida exclamó:

—Con ese me quedo. Sin duda es la mejor ave de tu corral.

Doña Beatriz sonrió al ver la equivocación de su amiga y queriendo dar á ésta una lección práctica, ordenó al pinche que se llevara el pavo á la cocina y después



Pilarita y Corinto.

Estupenda pareja de baile. Ambas son guapas, guapas y mueven los pies como les da la gana. ¡Superiores!

EN EL TUPI



—Oiga, camarero: ¿Qué pajas son éstas que no «suben nada»? ¿Las hacen ustedes aquí?

—No, señorito. Es que para tantos parroquianos no hay pajas bastantes. Todas las noches nos pasa lo mismo.

tomó su presa: un pollancón enorme de feo plumaje y aun más fea figura, que ensayaba en el gallinero su primer canto de guerra.

A la noche cenaron juntas doña Beatriz y Stella.

—Tú come de tu pavo real —dijo doña Beatriz á la convidada— que yo comeré de mi feo pollo.

Momentos después Stella tuvo que dejar su insulsa comida. El pavo tenía una carne pajiza y córreosa poco agradable al estómago ni al paladar.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta? —preguntó Beatriz á Stella.

—Veo —respondió ésta algo avergonzada— que me equivoqué de plano. Creí que este insulso bicharraco tendría la carne á tenor de su plumaje y he salido chasqueada.

—Pues ahora —respondió Beatriz— guarda tú las plumas, que yo de carne y no de plumas me alimento. Esto te servirá para que aprendas á no juzgar sólo por signos exteriores. Y sírvate sobre todo para cuando juzgues á los hombres, á los que es necesario mirarlos por dentro y por fuera. Ahora, compadecida, te convidó á comer de mi plato.

Y las dos amigas se comieron el feo po-

llancón que, por cierto, les supo á gloria.

Celebró todo el auditorio el cuento de Pietro Ferrara y las partidas de éste hicieron toda la noche blanco de sus iras al vanidoso Luigni. Al terminar el banquete encontráronse un momento solos los dos rivales.

—Caballero —dijo Luigni— á vuestro cuento le falta la moraleja.

—¿Y cuáles?— preguntó el de Ferrara.

—Que los pavos reales no consenten impertinencias de aves de corral— contestó Luigni rojo de ira.

—¡Eso lo veremos pronto!— díjole Pietro poniendo su diestra en el puño de su acero

Dos minutos después ambos caballeros cruzaron sus espadas y Luigni cayó ensangrentado y exánime á los pies de su enemigo, que no hay nada más terrible

EN EL CONCERT



—Tú eres más económico que el otro «tocaor» que siempre estaba pidiendo cuerdas.

—Como que la «prima» que cae en mis manos no la suelto hasta que ya no puede tocar más de sí.

que la cólera de dos hombres cuando media en la contienda una mujer.

Y decían los murmuradores palatinos que la dama causa del trágico fin del hermoso seductor, se pró só con armas y bagajes al campo del feísimo Ferrara, y aún decía á quien preguntaba si estaba satisfecha del cambio:

—Dejando las plumas en la cocina, todos los hombres son iguales. ¡Casi estoy por apuntar siete puntos á favor de mi horroroso Ferrara!

Federico TRUJILLO

GIRONES DE ALMAS

I

HABLA EL HIDALGO

Nací de pies. Mi suerte fué insuperable suerte; fui muy joven, soldado de los tercios de Flandes, y aunque me ví en peligros por mis sudacias [grandes, señorón de la vida, me mofé de la Muerte.

De niño, fui temido por todos los muchachos; probé de los desplantes de la mujer arisca, y el honor de la espada me lo jugué á la brisca' con ramerás, villanos, gentes de hampa y borrachos.

Dicen triunfo, mis ojos de lucero que brilla y mis aitos bigotes y mi larga perilla, que enredé entre los senos de seda de una fanfante.

Y estas manos ue tengo, largas y buriladas, dieron al rey, su padre, dos crueltas bofetadas, una noche, de una de la Semana Santa.

II

HABLA EL REY

Yo soy grave, cristiano y en mis dichos, indemne; jamás gusté d'sputes con despreciables gentes más que faló el hidalgo, me ha venido á las mientas; una verdad rotunda, que yo he hacer solemne.

No!du to que ese mozo fuera un bravo soldado y hasta que las mujeres, hicieran sus antojos; pero eso de que mi hija cl'vara en él los ojos, es calumnia que nunca le hubiera perdonado.

Recátese el villano si se tiene en aprecio; no sea, que aunque muertos, le escupe mi desprecio



—¡Pues, señor, con estas faldas siempre se tiene un estorbo entre las piernas y no se puede dar un paso.

como las bofetadas, que él dice, que me dió.

Y si alguien á creerle, con terquedad se altera, sepa, que cuando vivos éramos en la tierra, ese fátuo embustero, jamás á su rey vió.

III

HABLA LA INFANTA

Muerta soy en la tierra, pero no en el espacio donde vibro y palpito, maldicida y errante, huyendo á la sombra cínica del tu nante que una noche de luna, se presentó en Palacio.

Audaz fué el caballero, si caballero fuera; llegó hasta mi implorante, y acepté algo perpleja;

pero al libar un beso de su boca bermeja,
lo eché porque exhalaba perfumes de ramera.
Lo que después pasase, no lo sé. Oí de muerte;
que si no lo ajustician, que si el rey se divierte,
que si encienden la hoguera, que si la sangre co-
[rre.

Hubo conciliábulo en tascas y tabernas;
me apostrofó mi padre; me temblaron las pier-
[nas...
Y cuando pasó aquello, me encontré en una to-
[rre.

Angel G. LUGEA

LOS BAILES «CHIO»



Elia.—¿Y es así cómo se cogen para bai-
lar el oso?

El.—Eso dicen; pero yo creo que los
osos se cogen de otra manera.

HILARIDAD



—Pero, Luis, ¿qué te hago para reírte
así? ¡Se te abre la boca un palmo! En
cambio á mí, por mucho que me hagas, no
se me abre apenas.

LOS VIDRIOS ROTOS

Rayaba aquello en lo fantástico. Andrés
apretaba sus manos contra el mostrador,
llamaba con voz estentórea á los chicos de
la tienda para darse cuenta de que no era
un sueño lo que le acontecía. ¡Señores! Si
aquello tenía todas las trazas de un cuen-
to de las mil y una noches. Nada menos
que doña Pepita, aquella doña Pepita de
todos los demonios, le había tenido en
casa, en su camarín lujoso, lleno de per-
fumes y de encajes, misterioso y galante
como no había soñado jamás.

Parapetado detrás del mostrador de pino
todas las tardes recibía la visita de aque-
lla mujer, lujosamente ataviada y ex-
traordinariamente bella. Sentada frente
á él, una pierna sobre otra, dejábale ver
hasta media pantorrilla ceñida por otra
media transparente, que dejaba al aire
aquel sesgo de la falda abierta valiente-
mente por un lado. Iba en busca de cual-
quier chuchería. Ahora se lo explicaba
todo. La chuchería era él. El, el objeto de

aquel visiteo cotidiano que á los demás dependientes ponía en escama. Pero cualquiera se iba á figurar. La tal doña Pepita era una señora de postín, con un sombrero que llegaba al techo de la tienda, de rojo penacho, y una serie de joyas en manos y cuello que echaban de espaldas á un pobrete dependiente de loza y cristalería como era él.

Pero no cabía duda, no cabía duda. El lunes fué á encargarle la tal doña Pepita que llevara á su domicilio unas muestras de vasos. Había de ser él mismo, Andrés mismo el que fuera, y precisamente, fijamente el jueves á eso de las seis de la tarde, entre dos luces.

Recordaba los incidentes de la aventura: los días que faltaban hasta el jueves, los pasó en estado delirante, haciéndolo todo al revés. Estaba nervioso. ¡Señores! Aquella doña Pepita le puso fuera de lo normal, porque él se figuraba... ¡claro está que se figuraba!...

La hora de la partida llegó, por fin. Andrés cogió un paquetito en el que había preparado los vasos y echó calle adelante. Tropezaba. Temblaba...

Los vasos quedaron sobre la mesa. Doña Pepita le hizo pasar á un gabinetito azul.

—«Estoy sola, ¿sabe usted? No tenga prisa. Ahora veremos eso.»

Parecía una diosa. Una bata blanca, espumada, cubría sus carnes morenas. Aquel *estoy sola* era una provocación. Luego suspiró y puso los ojos en los de Andrés. Sintió entonces una saudida en todo su sér. Enrojeció, Doña Pepita charlaba después, haciendo gestos de refina coquetería, marcando el pecho, cruzando las piernas ante él, produciéndole una especie de turbación que le enajenaba la ecuanimidad. Y vino lo demás. La declaración, la ofuscación, el arrebato... ¡Señores! Y era verdad, había sido verdad. Y la cosa más graciosa fué que se había dejado los vasos de muestra. Cualquiera hubiera hecho lo mismo.

A Andrés le ballaban todavía los nervios. Los compañeros tuvieron para con

él algunas cuchufletas. El sonreía casi avergonzado.

Ya estaban cerrando cuando se presentó en la tienda un señor alto con un bastón grueso y un gesto de vinagre.

A FIN DE MES



—Bueno; pero vas á cenar conmigo. ¿Si ó no?

—Francamente, Pepita. Si tienes dinero tuyo, aí. Aunque lo dudo, porque tú y el mes siempre vas á un tiempo y el día 30 ya no te queda un céntimo.

Era el marido de doña Pepita. Un pobre hombre, bueno, buenazo como el pan y más infeliz que un plumero sin mango. Lo del bastón y el gesto de vinagre lo vió Andrés en sueños. Tembló. Y sintió más cerca que nunca la muerte mordiéndole el corazón.

El marido de doña Pepita, aquel hombre habló:

—Pues vengo, saben ustedes... ha ocurrido que, sin querer, la muchacha ha tropezado en la mesa sobre la que habían ustedes dejado los vasos para que los viera mi señora y se han hecho añicos. No ha quedado uno.

El bienaventurado venía a pagar los vidrios rotos.

Andrés respiró.

Francisco BERENGUER

"PA,, TU NOVIA

(Cuento viejo).

Pues, señor... en un pueblo de la provincia de Zaragoza, vivía un jornalero

LAS REPATRIADAS



—Señorita, ¿quiere usted que la lleve el equipaje?

—Muchacho: los alemanes me han quitado todo lo que podía valer algo ¡hasta el guardapolvo! No me han dejado más que el saco, y eso porque es muy viejo y no me pueden dar nada por él...

que poseía un gran muñeco, vestido á lo maritornes, de esos que vemos en los festejos de provincias con tanta estatura, que dejan corto de talla á Goliat.

Por aquel entonces, se le daba mal el trabajo al «Botitas» (sobrenombre que debía á su oficio) y apenas si sacaba para poner un misero puchero de patatas, y como el hambre es el mejor conspirador para despertar la inteligencia humana, pues el «Botitas» pensó y escribió una carta al alcalde de Zaragoza, diciéndole, que con motivo de las fiestas que celebra la gran ciudad aragonesa, por el santo de su tan cantada patrona, se ofrecía á tomar parte con su gigante, y el alcalde, viendo que la proposición era un ahorro para el Municipio, pues sólo le costaba la gratificación del hombre y se economizaba la compra del muñeco, le escribió aceptando la proposición y, por consiguiente, el «Botitas» se encaminó carretera adelante, metido en su gigante, hasta llegar á la ciudad.

Llegó el primer día de fiestas y repicaron las campanas, se dispararon cohetes, recorrieron las músicas las calles y salieron los gigantes y cabezudos á hacer las delicias de los pequeñuelos, nuestro hombre era el mejor gigante, todas las miradas se fijaban en él, porque ballaba mejor que ninguno.

Bueno, se acabaron los festejos y echa á andar carretera adelante, otra vez á su pueblo, sudoroso, metido en aquel armatoste, iba sin americana y las mangas de la camisa subidas hasta dejar completamente desnudos los brazos. ¡Qué largo era el camino y qué calor hacia!...

Al poco rato el «Botitas» ve un carro tirado por una mula que lleva el mismo camino. En la esperanza de que el carretero le dejará montar, saca el brazo desnudo por la mirilla (ya sabéis que la mirilla de los gigantes está un poco más abajo del cinturón) y agitándole de abajo á arriba, grita:

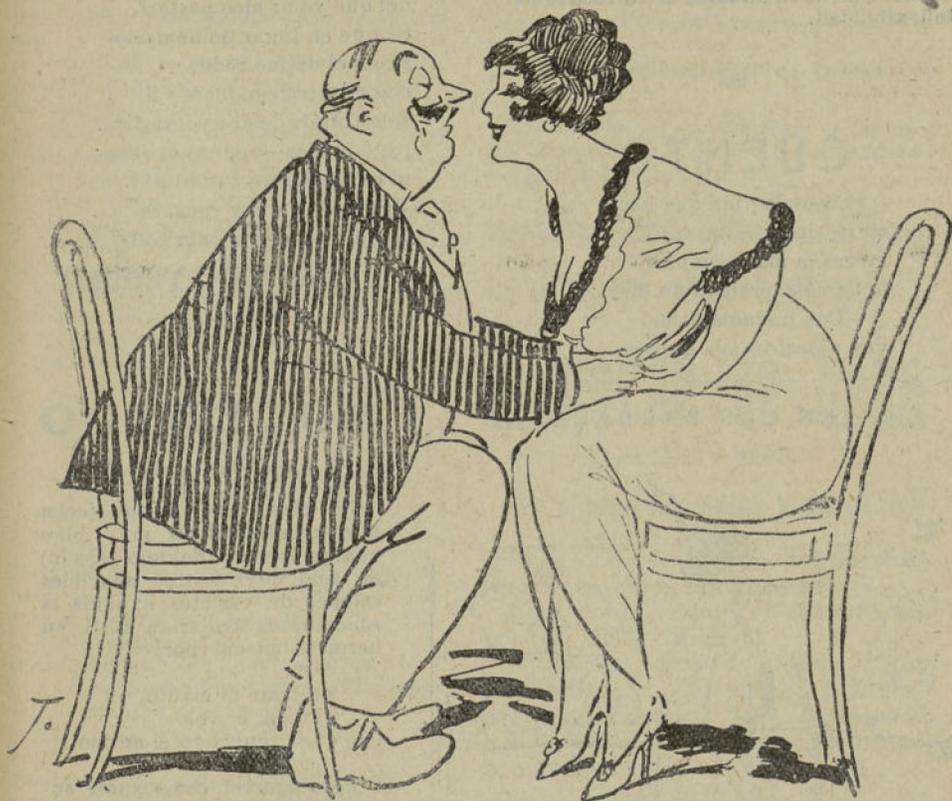
—¡Carretero, eh, páratel!

El carretero vuelve la cabeza, y al ver á lo lejos aquél tío tan grande que le llama, monta en el carro, fustiga á la mula que echa á correr y le dice con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Eso se lo dices á tu novia!

Raimundo GALÁN

ATARDECERES ESTIVALES



—¡Ay, Luisita, qué feliz soy! Lo peor es que me pongo muy parlanchín y luego mi mujer me pregunta si he comido lengua.

A una lectora

Una lectora, que además de joven y bonita es más lista que Cardona y más perspicaz que Sherlock Holmes, nos escribe preguntándonos, curiosa, por qué hemos quitado a LA HOJA DE PARRA la cubierta de papel de seda que, desde su fundación, abrigaba las portadas del popular semanario.

¿Es economía? ¿Es que se ha pasado de moda?

No, encantadora amiga; si lo hubiéramos hecho por economía el ahorro no significaría siquiera un puñado de duros a la semana, ni tampoco nos hemos despojado de la cobertera por ser clavos de la moda. Modestitos, pero orgullosos, cifra-

mos toda nuestra vanidad en no imitar a nadie y en dar gusto al público y como una buena parte de éste no sabía qué hacerse con el papelito y nosotros le tenemos un santo respeto, hemos pensado que lo mejor era dejarse de tapaderas y que las caras bonitas luzcan su espléndida belleza sin velos ni transparentes.

Eso sin contar con que de esta forma estamos más frescos.

Y no hablamos de nuestros propósitos de introducir grandes y trascendentales reformas porque con esas cosas ocurre lo que con el amor, «que no se dice sino se hace».

Conste, pues, hermosa lectora, que nosotros no nos vamos de la lengua sin haberlo medido y meditado, porque eso iría

en menoscabo de nuestro carácter y nos dolería mucho tú dudarás de su rectitud é inflexibilidad.

CUENTO

Porque la vida que hacía cierto cura de lugar no era la más ejemplar, lo llamó el prelado un día.

—Con inefable dolor voy á deciros mis quejas:

EN LAS BARRACAS



(Ella, leyendo).—«¡El fenómeno del dial ¡Se traga seis despertadores y todos le andan en el vientre!» ¡Bah! lo de tragárselos tendrá mérito; pero lo de que anden en el vientre es cosa bien corriente...

¿qué es del puñado de ovejas del que yo os hice pastor? Sé que en lugar de llamarlas hacia el divino redil, con vuestra conducta vil, sólo tratáis de ahuyentarlas... ¡Qué ovejas— replicó el cura— ni qué corderos benditos! ¿Ignoráis vos por ventura que allí todos son cabritos?

Luis SANZ FERRER

SUCEDIDO

Todo por la moral.

La otra noche (vaga fecha que puede indicar muy bien cualquier noche del año pasado) en uno de nuestros apacibles salones de varietés, exponía la renombrada bailarina B. S. su hermosísimo cuerpo:

sin traje ni manto,
ni toca, ni velo
que... cubriera el mismo.

Pero ocurrió, como suele suceder, que de entre el *respectable* que aullaba á la vista de aquella artista tan ligerita de ropa, se destacaba una cabeza cuya seriedad sólo comparable á la de un paquidermo, indicaba claramente la aversión que sentía hacia el repugnante espectáculo.

El poseedor de la citada cabeza era uno de esos señores formales que nos amargan la existencia á los pobres pecadores, velando por nuestra averiada moral; uno de los soldados del ejército de *defensa social* de gran influencia, la cual puso en juego logrando que la danzarina desnuda no se exhibiera más, mientras durase el invierno.

La moral quedaba á salvo. Pero el diablo, que como tal hace diabluras, quiso que al poco tiempo se averiguara que el

antedicho señor formal, era amigo íntimo de la danzarina y que dilapidaba sumas respetables comprándola trajes y sombreros.

Al enterarse otros dos señores formales, soldados también del mismo ejército de *defensa social*, fueron á visitar al que suponían oveja... ó cabrito descarriado, el cual es fama que se disculpó con las piadosas y cristianas frases siguientes:

—Qué quieren ustedes. Al ver que la pobre salía á escena tan poco vestida, he creído que sería una obra de misericordia el comprarle ropa. ¡Hace tanto friol...

Y desde entonces andan los otros dos buscando los vientos para encontrar otra pobrecita *que se deje vestir*.

¡Lo que cunde el buen ejemplo!...

Ricardo PRIETO

DESPUES

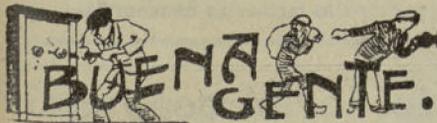
Y al fin caíste. El oro de tu pelo fué almohada de ilusión de mi pereza, bebí fuego en tus labios de cereza y en tus ojos sereno azul de cielo.

¡Te dabas tan entera, rosa viva, á la alta exaltación de mis amores, que en los momentos cumbre, hube temo- de que me ibas á matar lasciva. [res

Mas luego, sin vigor, extenuada en la loca batalla del deseo, quedaba tu silueta como inerte...

Y apenas si expresaba tu mirada, muda la boca para el baluceo, el afán de sumirte en el Leteo y esposar tu hermosura con la muerte.

N. HERNANDEZ LUQUERO



Por faltar á los compromisos que tenían adquiridos con la Empresa de LA HOJA DE PARRA, y no pagar, se ha suspendido el envío de paquetes á los corresponsales siguientes:

Eladía Iglesias, Medina del Campo (Valladolid).

Juan Diego Fernández, Peluquería, Campo de Criptana (Ciudad Real).

Matías Sáenz, Nieva de Cameros (Logroño).

Francisco López Alvarez, Mazarrón (Murcia).

Jacinto Lorenzo Calvo, Cabeza de Buey (Badajoz).

Recomendamos á la memoria de las demás Empresas periodísticas y editoriales á estas distinguidas personas.



¡Colosal obra erótica!

La noche de boda

CONTADA

por algunos casados y casadas

Relaciones verdicas y sensacionales del más puro naturismo.

Un magnífico tomo con cubierta en colores, UNA PESETA.

Pídase en todos los kioskos, librerías de España, América y á la Editorial Dep, Córcega, 299, Barcelona, que lo envía franco contra su importe en sellos, etc.



EL FENOMENO

sigue bien desde que compra gomas irrompibles de las mejores marcas que vende

La Inglesa

San Vicente, 164, Valencia.

Catálogo gratis enviando sello.

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y COMPAÑIA

RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

(allergas particulares de Ediciones ESPAÑA(S.A.))

SEÑORAS

Para suavizar, refrescar, blanquear y sonrosar vuestra cara y brazos, usad con preferencia la acertadísima combinación de

CREMAS MUÑOZ

PRECIO

Crema color rosa. . . . 2 00 ptas. tarro.
Idem blanca. 1,50 » »

NOTA. Como garantía y sólo para dos meses, se venden pequeñas cajitas á 0,50 y 0,25 pesetas respectivamente.

De venta: Farmacia de San Vicente.—Calles de Cuarte, 81 y Dr Monserrat 17. Valencia.

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda. Reparte toda clase de periódicos y revistas.

IMPRESA

DE

EDICIONES ESPAÑA (S. A.)

En esta imprenta se hace toda clase de periódicos, folletos, circulares, facturas, cartas comerciales á precios económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Departado 547. MADRID Teléfono 1.843

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas Jel mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirá gratis por correo, reservadamente.

Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, rufus, etc. Tomar todos los días un Papel Ythomar disuelto en un vaso de leche ó agua muy azucarada, y desaparecerán esos defectos que afean el cutis y teniendo constancia obtendréis una piel fina, tersa y delicada como pétalos de rosa. Gayoso, Madrid; Gamit, Valencia, y en las principales farmacias bien surtidas.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 253 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO dólares ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, diríjanse UNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMBAREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.